

Consideraciones psicosociales respecto al estado actual de la niñez y la juventud

*Lorena Vargas Mora**

Recibido: Agosto 2012 • Aceptado: Octubre 2012

RESUMEN

Este trabajo consiste en una lectura analítica y crítica de los autores Henry A. Giroux, Anthony Giddens y D.W. Winnicott, que dan pensamiento y palabras a mis observaciones clínicas de la última década en relación con la falsedad ideológica que consume a la juventud actual de niños y adolescentes, que distorsionan los procesos de identidad y propician desarreglos en el desarrollo de su carácter. El trasfondo de esa falsedad ideológica se encuentra en una economía de mercado que crea realidades aparentes, homologa, desconoce y separa los valores de mercado y los valores de la sociedad civil, lo que contribuye a alterar la adquisición de significados sociales y morales de una juventud que, además de llevar a cabo un trabajo de identidad en franca transitividad debido al crecimiento, sufre además del secuestro de su particular experiencia, fundamental para el desarrollo de sus específicos procesos culturales.

Palabras clave: juventud, ideología, mercado, identidad, cultura, secuestro.

ABSTRACT

This work consists in an analytical reading and critic of several authors as Henry A. Giroux, Anthony Giddens and D.W. Winnicott, give thought and words to my clinical observations of the last decade regarding falsehood ideological consumes youth current of children and adolescents distorting the identity processes and prompting upset in his character development. The background of this ideological falsehood is located in a market economy that creating apparent realities standardizes, unknown and separates the market values and the values of civil society altering social and moral meanings of the acquisition of a youth to carrying out to a work of identity in transitivity, suffers and the abduction of particular experience, fundamental for the development of their specific cultural processes.

Key words: young people, ideology, market, identity, culture, kidnaps.

* Especialista en Psicología Clínica de la Universidad de Costa Rica. Psicoanalista clínica. Psicoterapeuta a nivel privado de niños, adolescentes y adultos. Egresada de la Maestría en Literatura Latinoamericana de la Universidad de Costa Rica. Escritora. Apartado postal 167-1350. San Sebastián, San José, Costa Rica. E-mail: loreg.v@gmail.com

Este trabajo consiste en una lectura comentada de algunas ideas bastante reveladoras de varios autores que dan palabras a un vasto conjunto de observaciones clínicas recolectadas en mi ejercicio psicoterapéutico en general y con niños y adolescentes en particular, a lo largo de la última década. Dichas observaciones, planteadas de un modo general, se refieren al efecto notado en el comportamiento y pensamiento de consultantes niños y jóvenes, de un discurso grandilocuente, lleno de ofrecimientos que se cuele en sus oídos cotidianamente a través de sus cuidadores, educadores y medios masivos de comunicación, que les crea necesidades y expectativas que podrían perjudicar su desarrollo inmediato y posterior. Desde un análisis psicocultural se vislumbra una honda crisis finisecular de las instituciones modernas más importantes: la familia y la escuela, que hace pensar en una renovación paradigmática de las ciencias humanas.

El psicopedagogo norteamericano Henry A. Giroux, en el texto de su autoría *La inocencia robada. Juventud, multinacionales y política cultural* (2003), identifica en la modernidad presente un estado de falsedad ideológica, en el sentido del predominio de una realidad aparente, que consume a la niñez y adolescencia. Estudiando los aspectos ideológicos implicados,

realiza un atinado escrutinio de la causalidad psicopatológica actual, que permite pensar a partir de sus hipótesis en cuáles enfermedades emotivo-mentales están desarrollando en este momento los niños y adolescentes, que cambia los esquemas evaluativos médicos y psicológicos seguidos durante las últimas cuatro décadas.

Giroux es acucioso en el estudio de tres ideas a las que llama el mito del final de la historia, el mito de la inocencia de la infancia y el mito de la escolarización desinteresada, los cuales operan como realidades aparentes y atacan básicamente al menos tres núcleos primordiales para el desarrollo cultural de la juventud: la democracia esencial, el bienestar de los niños y la escuela socialmente comprometida (2003: 13-14).

A continuación se revisará esta propuesta.

El mito del final de la historia lo describe como una manera en que la economía de mercado, planificada en torno a un consumidor, es homologada con las libertades ciudadanas. Así, mediante un principio de semejanza, lo que no es lo mismo parece serlo, es decir, la cultura liberal social característica de las democracias actuales parece ser la misma que la cultura de mercado, en la que se diluyen los límites críticos entre los valores del mercado y los valores de la sociedad civil

(Giroux, 2003: 14), de esta manera, los criterios empleados para el consumo pueden ser los mismos que los empleados para la toma de decisiones social.

Otro autor, el sociólogo británico Anthony Giddens, igualmente lo explica de la manera en que “el capitalismo crea consumidores con necesidades diversificadas (y cultivadas); y la secularización¹ tiene el efecto de reducir el sentido moral a la inmediatez de la sensación y la percepción” (1997: 217), lo cual ocurre con las personas de todas las edades.

Como ejemplo, la comida rápida suele ser el menú de preferencia en las celebraciones infantiles, y aún cuando se conoce de muchas maneras el perjuicio que este tipo de comida tiene en la población, además de como los hábitos de alimentación que se procura inculcar a los niños son soliviantados por excepciones de principio placenteras que pervierten la percepción de la alimentación y llevan a los infantes a preferir alimentos dañinos para su organismo, pero de agradable satisfacción inmediata.

El cumplimiento personal que satisface al consumidor restringe la atención de las necesidades colectivas. Un ejemplo en cuanto al comportamiento adulto lo observamos

en cómo las satisfacciones y ventajas de tener vehículo propio opaca las soluciones viales cuya esfera de atención es de orden público.

Siguiendo a Giroux (2003), se entiende que no se trata solamente de un asunto de semejanza, es un asunto serio igualar la democracia y las libertades del consumidor, como si ambos fuesen logros políticos alcanzados y acabados por las sociedades actuales, por eso lo llama el fin de la historia.

Es un subterfugio entendido de que la libertad de comprar y la libertad de vivir además de ser lo mismo son también un logro común alcanzado y acabado, aunque ideológicamente sea una forma de encubrimiento, “la combinación de la democracia con el mercado elimina la tensión entre las moralidades del mercado y los valores de la sociedad civil que no pueden medirse en términos estrictamente comerciales, pero que son críticos para la vida democrática pública (...) valores tales como la justicia, el respeto hacia los niños y los derechos de los ciudadanos” (Giroux, 2003: 14).

El mito de la inocencia de la infancia se basa en la idea de una infancia ajena a la sociedad, debido a una inmanente inocencia que hace a los niños mantenerse en un estado de pasividad, dependientes de sus cuidadores adultos que los eximen de la responsabilidad sobre

1. La secularización es la cultura fuera de la autoridad tradicional.

sus actos al desconocer las relaciones de poder existentes, “el mito de la inocencia de la infancia es una forma de negar los efectos de los problemas sociales reales en los niños y también una manera de desviar la atención de los adultos de los apremiantes problemas del racismo, el sexismo, los malos tratos en la familia, la pobreza, el desempleo, la reducción de la industria y otros factores sociales...” (Giroux, 2003: 17).

Esta observación de Giroux es compartida, a nivel de antecedentes, por otros autores como el ensayista español Fernando Cabo (2001).

Este autor considera que al atribuirle al niño esa inocencia natural² se le ha convertido en objeto imaginario en la modernidad³, al contrario de la indiferencia sobre la niñez que caracterizó los períodos previos, además de que a la idea se le agrega el sentimiento de la infancia, afecto que según fuentes literarias estudiadas, surge a partir del siglo XVII.

2. Pensar en la niñez como una edad de inocencia natural distinto de la niñez como una construcción histórica moderna y por tanto reciente.

3. Nos referimos a la modernidad como un período histórico que da inicio en el siglo XVI y que para nuestros días Giddens define: “Modernidad reciente (o tardía): fase actual del desarrollo de las instituciones modernas” (1997: 294).

Debe quedar claro que la infancia así denotada es producida en la modernidad y por el pensamiento adulto; todavía el niño no se produce ideológicamente a sí mismo, y no sabemos si es posible, así lo expresa dicho autor: “Se da así lugar a una situación curiosa en la medida en que el protagonismo de que goza el niño radica en una atribución imaginaria que le es, como tal, ajena” (Cabo, 2001: 17), por eso, volviendo a Giroux, la inocencia infantil es una adjudicación adulta que ideológicamente aparta al niño de la realidad.

El estudio científico de la niñez presenta otro panorama. Los niños asemejan la producción humana, se apropian de la cultura por medio de la experiencia, de hecho, D. W. Winnicott, pediatra y psicoanalista británico, explica que la experiencia cultural “comienza con el juego y conduce a todo aquello que compone la herencia del hombre: las artes, los mitos históricos, la lenta progresión del pensamiento filosófico y los misterios de las matemáticas, de las instituciones sociales y de la religión”, además formuló la hipótesis de que esa experiencia cultural “comienza en el espacio potencial entre el niño y la madre...” (1991: 249)

Entendemos entonces que la asimilación cultural da inicio tempranamente, y el modo particular del niño para hacerlo es por medio

de un aparato senso-perceptivo captador y ejecutor de juego; irremediablemente entonces, en una cultura de mercado, los niños de nuestro tiempo van a adquirir esa cultura diferenciadamente conforme al acceso al consumo del grupo humano al cual pertenezca. Ellos mismos serán adquiridos como bienes de consumo por ese mismo mercado; tal como lo explica Giroux, “el capital es lo bastante fuerte para renegociar lo que significa ser niño y para hacer de la inocencia una categoría comercial y sexual” (2003: 26).

La inocencia infantil es una ideación del imaginario adulto que falsea la realidad haciendo a los niños consumidores; no solamente, según Giroux: “la cultura empresarial del milenio se interesa solo por la conversión de los niños en bienes de consumo o por su sexualización; se trata más bien, de subrayar la influencia que la cultura empresarial ejerce en la redefinición de los términos mediante los que se nombran, comprenden y tratan las experiencias e identidades de los niños” (2003: 27); se está hablando de penetración ideológica pura.

El orden causal de este fenómeno es también distorsionado cuando se adjudica a los videojuegos y a la internet la razón de ser de una serie de comportamientos problemáticos de niños y jóvenes, como si esos objetos e instrumentos

electrónicos tuviesen vida propia y se encargaran de dañar las tiernas mentes infantiles, sin determinar que detrás hay organizaciones empresariales creando esos productos: “La apropiación de la inocencia y la pureza infantiles que lleva a cabo la cultura empresarial no suele ser objeto de debate serio, mientras que empresas como Calvin Klein comercian con el atractivo de la inocencia infantil explotando su potencial sexual con el fin de vender colonia, ropa interior y ropa vaquera...” (Giroux, 2003: 28), sin faltar los comerciantes de moda como “Madona fotografiada en las páginas centrales de un número de Vanity Fair en 1992 con coletas y un maquillaje sensual: una evidente bebé-mujer erótica” (Giroux, 2003: 28-29).

Rafael Ángel Herra, en su ensayo *Lo monstruoso y lo bello* (1999), detecta a los autores de esta producción comercial: “entre los intelectuales subalternos del poder, los perros guardianes de la industria cultural y muchos artistas y escritores presuntamente críticos (...) son quienes traducen los juegos mortales al idioma del cine, a la televisión, a los juguetes infantiles...” (1999: 37).

El mito de la escolarización desinteresada es referido por Giroux como la separación entre la función social y pública de la escuela y la cultura comercial de la

carrera profesional, de modo que el gran ámbito socioeducativo despotencializa el impacto de los agentes educativos en la sociedad y los objetivos técnicos en los procesos de enseñanza-aprendizaje acortan la visión colectiva de ese ámbito. El saber técnico separado incrementa la demanda de habilidades en el estudiante que personaliza en demasía la adquisición de ese saber, así como la expulsión del rezagado.

Este mito encubre el despojamiento de los espacios públicos locales, las causas de la deserción colegial y el aislamiento de los jóvenes de sus padres y vecinos.

La escuela, como espacio conjunto de convivencia, sucumbe al control y registro policial, a la disminución de programas de ayuda y de beneficios, al incremento de riesgo del comportamiento antisocial de niños y jóvenes, y en especial a la violencia dirigida contra ellos causada, según Giroux, por “el pánico moral actual con respecto a los jóvenes que depende, sobre todo, de la crisis de la misma sociedad democrática y de su capacidad decreciente de ofrecer a los niños las oportunidades y los recursos sociales, culturales y económicos que necesitan para sobrevivir y prosperar en esta sociedad” (2003: 32).

La desvinculación de los jóvenes de sus ámbitos educativos no les permite conocer ciertamente

las relaciones de poder establecidas y desorientan muchas veces su rumbo contestatario. Más bien, de acuerdo con Giroux, se deberían “cuestionar también las pedagogías culturales que producen significados específicos, inversiones de carácter afectivo y deseos que legitiman y garantizan actos de dominación dirigidos contra los jóvenes” (2003: 38). A la vez los jóvenes deben apropiarse de las oportunidades de desarrollo tecnológico en las que les ha tocado crecer, pero la satanización de la información digital es otro modo de acentuar esa separación pedagógica.

Este mito de la escolarización desinteresada dejará de serlo en la medida que se incluya en todo razonamiento respecto a la niñez y la juventud la relación existente entre la cultura y el poder.

Para Giroux los tres mitos se unen:

1. Excusando al mundo adulto de cualquier responsabilidad con respecto a la juventud, apelando a una economía próspera y al natural orden de la inocencia, negando los papeles políticos y culturales que los educadores y la educación desempeñan en la vida de los niños.
2. Reproduciendo las jerarquías de raza, clase social y cultura.

3. Limitando a la ciudadanía a una tarea estrictamente privatizada.
4. Desconociendo que la infancia es una construcción histórica, una categoría cultural y política que tiene consecuencias ideológicas e identitarias. (2003: 16)

Con base en esta lectura se podría proponer un registro problematizador de riesgo de enfermedad.

A la infancia, como categoría histórica moderna, le corresponde participar, como a otras edades, de los procesos de integración y desintegración identitarios a resultas de un reordenamiento psicocultural que apuesta a un nuevo tiempo tecnológico y globalizado.

El sí mismo entendido como lo vivido por el sujeto, como el conjunto de sus posesiones, de acuerdo con Winnicott (1999: 308-309), es también el sentimiento y el concepto de la propia identidad que refiere al conjunto de percepciones que le son propias al sujeto y que le dan un sentido de unidad y continuidad biográfica.

Pensado así, coincide con el trabajo de Anthony Giddens (1997: 293-295) sobre el yo y la modernidad al explicar la identidad como un ordenamiento del relato de la experiencia, como el entendido de la propia biografía, función de la cual se hace cargo el yo, describiendo

esta función mediante la categoría: Proyecto reflejo del yo, que es el proceso por el cual la identidad del yo se constituye por medio del ordenamiento reflejo de la crónica del yo. La función refleja es reflexiva, en tanto reproduce, retrocede y deja ver. La crónica del yo es el relato o relatos por los que tanto el individuo en cuestión como los demás entienden reflejamente la identidad del yo.

El seguimiento de la propuesta de Giddens permite acoger la siguiente pregunta: ¿por qué el relato humano se vuelve tan importante en la Modernidad presente, tanto que hasta determina la identidad?

Posiblemente porque en un mundo de comunicaciones se puede contar, porque el gran relato ha sucumbido a los microrrelatos y también por razón de temporalidad si tomamos en cuenta otro concepto de Giddens, el concepto de la trayectoria del yo, que sería la formación de un tiempo de vida específico en condiciones de Modernidad, es decir, hay un tiempo para el relato.

El yo moderno es una organización psicológica exigente que procurará entonces crear su crónica, realizar su narración, pero si esta es obstaculizada o impedida, ¿cómo será el arreglo defensivo? Giddens ofrece otro concepto muy valioso que ayudará con esta pregunta, el concepto de secuestro

de la experiencia que alude “a los procesos interconectados de ocultamiento que apartan de las rutinas de la vida ordinaria los siguientes fenómenos: la locura, la criminalidad, la enfermedad, la muerte, la sexualidad y la naturaleza” (1997: 199).

La experiencia secuestrada es una consecuencia de la tendencia hacia el control basado en los lineamientos omnipotentes que dan los sistemas abstractos de la modernidad, por ejemplo, los medios de comunicación, porque aunque la vida diaria es local, los preceptos masivos que la comentan son globales. La principal repercusión se localiza en la experiencia moral, porque el secuestro de la experiencia es un proceso de supresión de ciertos aspectos básicos de la experiencia de la vida, especialmente las crisis morales, sustituidas estas por los sistemas abstractos, en especial por los sistemas secularizados organizados como el hospital y la cárcel.

Asociando el trabajo de Giroux y el trabajo de Giddens, podemos pensar que los mitos estudiados aluden a experiencias secuestradas, porque retienen, ocultan y separan la propiedad real de las cosas de aquellas imaginadas y que esto tiene un impacto psicológico en todas las personas, pero especialmente en los niños y jóvenes, cuyo trabajo de identidad está en tránsito.

Así como lo plantea Winnicott: “no podemos ignorar una zona intermedia de experimentación a la cual contribuyen tanto la realidad interior como la vida exterior (...) un estado intermedio entre la incapacidad y la capacidad creciente del pequeño para reconocer y aceptar la realidad (...) la zona intermedia que hay entre lo subjetivo y lo que es percibido objetivamente” (1999: 309).

La falsedad ideológica altera el carácter de la experiencia y su propiedad de posesión vital para el niño y joven como manifestación de sí mismo, como devolución de identidad.

Al niño, al joven, se le hacen ofertas de existencia inadmisibles, de un inmediatez ilusorio insostenible, pero se le ofreció, y lo creyó, fue engañado por una pseudoexperiencia, porque ocurre lo que Winnicott llama una *desposesión*: “se ha producido la pérdida de algo bueno que ha sido positivo en la experiencia del niño hasta cierta fecha y que luego ha sido retirado” (1999: 409).⁴ Los desarreglos de carácter no se harán esperar, debido a la expansión de un falso sí mismo, del tipo descrito por Winnicott,⁵

4. Winnicott distingue la carencia, la privación y la desposesión.

5. Winnicott introdujo el concepto de falso *self* para explicar cómo el individuo se adhiere a patrones de conducta esperados por su medio social como un mecanismo defensivo ante un defecto identificatorio.

según el cual el sujeto se subordina a las exigencias del medio sometiendo e imitando, jugando un papel ante un medio social que obtiene gran importancia por el control que ejerce sobre los individuos, en detrimento de un sí verdadero, “de modo que existe un self verdadero que está oculto, y no vemos más que un falso self dedicado a la doble tarea de ocultar el auténtico y someterse a las exigencias que el mundo le plantea permanentemente” (2005: 222).

Evidentemente, esta problemática tendrá efectos en el desarrollo del carácter, porque la fuerza de enfrentamiento puede verse reducida, el desarrollo defensivo puede asimilar los modos de ocultamiento sufridos, o bien la búsqueda de experiencias que den sentido puede estar vaciada de sentido conduciendo al riesgo y a la adicción.

Sirva de ejemplo la lista sintomática que el Colegio de Psicólogos de Costa Rica presentó ante el Ministerio de Educación Pública, para promover un proyecto de atención psicológica en centros educativos, debido a las alteraciones psicológicas observadas en niños y jóvenes en los últimos años en esos centros:

- Problemas emocionales y de conducta, sin causa aparente.
- Secuelas de abuso sexual, físico y emocional.

- Personas en condición de abandono o negligencia familiar y violencia intrafamiliar.
- Problemas de aprendizaje, desmotivación y bajo rendimiento, sin causa aparente.
- Consumo y tráfico de drogas lícitas e ilícitas.
- Depresión y riesgo de autoeliminación.
- Resolución no asertiva de conflictos entre estudiantes, y entre estudiantes y docentes.
- Trabajo infantil y deserción escolar.

No podemos terminar este análisis sin revelar los agentes activos de la cultura que trasladan directamente la ideología y la falsedad ideológica examinada: nos referimos a los padres y, de seguido en el encadenamiento socializador, a los maestros, encargados de las instituciones primordiales: la familia y la escuela; acá está cifrado el meollo de la crisis de las instituciones modernas.

Las madres y los padres no dejan de serlo para transmitir su sentir y pensar; así lo describe el psicoanalista mexicano Santiago Ramírez: “un sujeto niño, a punto de hacerse o en vías de hacerse, es particularmente sensible a la praxis o al hacer que sus padres con su conducta tratan de imprimirle” (1994: 204); sin embargo, el sistema de consumo subsume la función

formativa de ellos produciendo formas de pensamiento donde los valores y los derechos humanos son mediatizados por las opciones de consumo de la cultura de masas.

Una sociedad mundialista determinada así por un capitalismo tardío, voraz sin excepción, se torna reto y obligación de trabajo para nuestras ciencias y profesiones, y debemos saber ocuparnos de eso. Giddens propone que el norte del quehacer científico social debe estar en un proceso emancipador (1997: 290) en todos los niveles requeridos de necesidad para todos los habitantes del planeta. Tiene mucho sentido en la medida en que fomenta el crecimiento y desarrollo humano y la adquisición de derechos que permiten una mayor apropiación de la individualización alcanzada y promueven formas alternas de comunidad.

Una mirada retrospectiva me hace ver que, mientras estudiaba en la carrera de Psicología tópicos tan interesantes como la teoría de la percepción y sus usos publicitarios, no pensaba aún en los efectos psicológicos profundos que la ideología del consumo tenía sobre la mente humana, particularmente

la infantil. Se hablaba de la manera en que el producto llegaba al consumidor, pero no de la psicología resultante. Hoy se comprende mejor, porque actualmente sabemos que todos nosotros: niños, jóvenes y adultos, junto con los árboles y los ríos, somos medio ambiente.

Referencias

- Cabo, Fernando (2001). *Infancia y modernidad literaria*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Giddens, Anthony (1997). *Modernidad e identidad del yo*. Barcelona: Ediciones Península.
- Giroux, Henry A. (2003). *La inocencia robada. Juventud, multinacionales y política cultural*. Madrid: Ediciones Morata.
- Herra, Rafael Ángel (1999). *Lo monstruoso y lo bello*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Ramírez, Santiago (1994). *Infancia es destino*. México: Siglo XXI Editores.
- Winnicott, Donald W. (1991). *Exploraciones psicoanalíticas I*. Barcelona: Paidós.
- Winnicott, Donald W. (1999). *Escritos de Pediatría y Psicoanálisis*. Barcelona: Paidós.
- Winnicott, Donald W. (2005). *Deprivación y delincuencia*. Buenos Aires: Paidós.